

[1]

**LOS POBRES EN ESPÍRITU
BIENAVENTURADOS EN EL REINO DE DIOS**

Mateo 5,3-12

Jorge Pantelis
Bolivia

Las bienaventuranzas son hoy en día lectura favorita entre los cristianos latinoamericanos, particularmente entre aquellos que, a diverso nivel, participan de la *opción preferencial* por los pobres. Especialmente la primera de las bienaventuranzas —“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mt 5,3)— y más aun el texto paralelo y más abreviado de Lucas —“Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de Dios” (Lc 6,20). Ambos pasajes constituyen, junto a varios otros textos similares, uno de los ejes hermenéuticos fundamentales a través del cual se interpreta globalmente el contenido bíblico.

Más de dos décadas de *peregrinaje cristiano* de creciente solidaridad con los pobres, han llevado a importantes sectores de nuestras iglesias a redescubrir la relevancia de estos pasajes del Nuevo Testamento para motivar y sostener tal solidaridad. En este sentido, los *pobres* del texto de Lucas son corrientemente identificados con los oprimidos, la clase social explotada, el pueblo expoliado. Por otro lado, los *pobres en espíritu* en el texto de Mateo son identificados con los cristianos que expresan disponibilidad y solidaridad con la causa de los pobres y oprimidos. Estas dos categorías de pobreza encuentran su síntesis, siguiendo a Sofonías 2,3, en la conocida fórmula propuesta por Gustavo Gutiérrez: *La pobreza cristiana, expresión del amor, es solidaria con los pobres y es protesta contra la pobreza*. Una enorme cantidad de literatura latinoamericana sobre el tema ratifica y amplía esta perspectiva sobre los pobres y la pobreza en la Biblia y la tradición cristiana. Es pues en esta línea de pensamiento como veremos lo que encontramos en nuestro texto, Mateo 5,3-12.

Los pobres en espíritu en Mt 5,3 no representan gran problema en ser identificados. Allí la referencia de Jesús es obviamente

[2] a sus discípulos. Los *hoi ptójoι tó pneumatí* son los que, ahora en los términos de Jesús, prolongan la actitud que caracteriza en el Antiguo Testamento a los *pobres de Yahweh* (*'anawim YHWH*). Se trata de los humildes, de los que se reconocen pobres delante de Dios, que aparecen frente a Él con las manos vacías y todo lo esperan de su Señor. Son también los que están dispuestos a dejarlo todo por la causa de su Señor (cf. Sof 2,3; Is 57,15; 62,2; Sal 34,18; et passim). Esta *pobreza espiritual* no implica necesariamente falta de bienes materiales, sino que se trata de la actitud que debe primar en los discípulos de Jesús, un desprendimiento y renuncia necesarios al seguimiento de su Señor.

Las cosas se hacen más problemáticas cuando pasamos a considerar Lc 6,20. Allí tenemos una forma abreviada de la misma bienaventuranza donde el denominativo *en espíritu* no está presente. Sólo aparece la referencia a *los pobres*. Sin duda ésta es la forma más original del texto; así también lo sugieren Mt 11,5 y su paralelo en Lc 7,22.

Los pobres en Lc 6,20 tradicionalmente han sido entendidos por las iglesias a partir de su sinónimo en Mt 5,3; esto es, como otra forma de decir “pobres en espíritu”. Esta interpretación en ambos textos ve a los discípulos, pero la referencia a la pobreza material en el caso de Lucas desaparece. Con una lectura así de los textos se procura garantizar la “universalidad” de las palabras de Jesús. Otra traducción por el estilo es leer en lugar de “pobres *en* espíritu” el aparente sinónimo de “pobres *de* espíritu”. Esta es una traducción infeliz, según la cual, en buen castellano, los pobres *de* espíritu serían los sin carácter ni personalidad, los “pobres diablos”, como decimos corrientemente. Peor es la situación cuando se usan textos como éstos para demostrar que ser pobres en esta tierra es como poseer una suerte de ingreso seguro al cielo. Interpretaciones como ésta no hacen otra cosa que justificar la conocida acusación de Friedrich Nietzsche, de que la fe cristiana es la moral de los esclavos.

Volvamos a lo nuestro. El hecho de que Lc 6,20 se refiere a los pobres como a aquellos que no tienen posesiones materiales, es algo que está fuera de toda discusión. El propio contexto inmediato lo aclara elocuentemente. Estos mismos son los que pasan hambre (vers. 21) y están claramente contrastados con los ricos (vers. 24-25), contra los cuales Jesús expresa sus *ayes* proféticos. Por otro lado, este mismo contexto de Lc 6,20, contrariamente a lo que es la suposición generalizada entre nosotros, muestra que aquí no hay una referencia a los pobres en general, al proletariado en su totalidad, sino que se trata de un calificativo que

[3] Jesús usa para sus propios discípulos. El vers. 22 hace esta especificación cuando indica que estos pobres son perseguidos por causa del Hijo del Hombre: esto es, por su seguimiento de Jesús. Los discípulos de Jesús son aquí descritos como pobres por el simple hecho de que lo son. Es una descripción de su situación real; son pobres materialmente faltos.

Esto está en línea con la continua cita y lugar destacado que Jesús da a Isaías 61,1ss (cf. Mt 11,5; Lc 4,18) en su predicación. Las diversas expresiones paralelas y complementarias en esa cita del Tercer Isaías explica de quiénes está hablando Jesús: pobres, corazones rotos, cautivos, los que lloran, los de espíritu abatido. A estos mismos se los declara *raza bendita* (esto es, bienaventurada) de Dios (Is 61,9). De igual modo Jesús hace lo propio con los suyos, pues son pobres como Él mismo.

Tanto Mateo como Lucas se refieren en sus bienaventuranzas a los discípulos de Jesús, pero lo hacen enfatizando el término “pobre” en sentido diverso, pero no desligado el uno del otro. En este punto debemos recordar que los varios escritos del Nuevo Testamento muestran la diversidad de situaciones y controversias de las numerosas comunidades cristianas en el primer siglo, las mismas que fueron la matriz y el contexto existencial -el *Sitz im Leben*, para usar un término técnico- en la formación y preservación de las tradiciones sobre las enseñanzas de Jesús. Las necesidades misioneras y los problemas internos de las varias comunidades cristianas del primer siglo están reflejados en nuestros actuales textos neotestamentarios. Es un error histórico y exegético considerar que en el primer siglo hubo una sola iglesia primitiva. La diversidad de comunidades originales explica la diversidad teológica de los varios escritos del Nuevo Testamento. En este sentido tanto Lucas como Mateo entendieron el vocablo “pobre” según la clase de comunidad cristiana que representaban y considerando a los interlocutores inmediatos para quienes iban en principio dirigidos estos escritos. De esta manera, como lo propone Joachim Jeremias, la tradición de Mateo de las bienaventuranzas fue formulada en una iglesia, mayormente de extracción judía, que estaba luchando contra la tentación farisaica de la autojustificación; mientras que la tradición lucana, en una iglesia que estaba en profundo sufrimiento y materialmente necesitada, y por tanto en gran necesidad de ser consolada.

Tanto Lucas 6,20 como Mateo 5,3 son pues dos textos *eclesiológicos*. Son dos descripciones que Jesús hace de sus discípulos. En la síntesis de estas dos clases de pobreza, como lo hicimos notar al comienzo, es donde se da el verdadero discipulado de los

[4] seguidores de Jesús. Se trata de la *iglesia de los pobres en espíritu*, pobres materialmente ellos mismos. Como señal de su seguimiento a su Señor, han elegido ser así pobres (según traduce Mt 5,3 la *Nueva Biblia Española*).

Un sucinto análisis de quienes son los seguidores y discípulos de Jesús, particularmente en los evangelios sinópticos, va a aclararnos mucho más el panorama de lo que aquí vamos afirmando. Los seguidores de Jesús aparecen en los evangelios aludidos con diferentes calificativos, según quien o quienes se refieran a ellos. Así, para lo oponentes de Jesús, los discípulos y seguidores de éste son los “publicanos y pecadores” (Mt 2,16 par.; Mt 11,19 par: Lc 15,5), “los publicanos y prostitutas” (Mt 31,32), o simplemente los “pecadores” (Mt 2,17; Lc 7,37.39; 15,2; 19,7). Pero Jesús revierte esta valoración negativa que se hace de sus seguidores. Aquellos que sus enemigos llaman despreciativamente pecadores, para él son los *pequeños* (Mc 9,42; Mt 10,42; 18,10.14), los *más pequeños* de todos (Mt 25,40.45), los *simples* (Mt 11,25 par.). Entre éstos están también los que por sus dolencias y limitaciones físicas son considerados impuros y hasta infra-humanos: los cojos; ciegos, leprosos, “endemoniados”. A éstos se suman algunas mujeres de moralidad dudosa, no faltan parias y proscritos como los publicanos, traidores a su patria y hasta algunos celotes como su apóstol Simón y quizás hasta el mismo Pedro y Judas Iscariote. El escándalo que esto provoca en la comunidad judía bien establecida de su época consiste precisamente en esto: hacerse seguir por los pobres (Mt 11,5). Hasta sus propios discípulos expresan sorpresa cuando Jesús les anuncia que en el Reino de Dios son los pobres los favorecidos, los bienaventurados y no así los ricos como se suponía (cf. Mt 19,23-26).

En todo esto hay una connotación teológica que no puede ser pasada por alto, sobre todo escribiendo esto desde un contexto como el de la historia reciente de las iglesias de América Latina. Se trata de la demanda de *pobreza espiritual* que Jesús hace para todos sus discípulos, sean estos, o no, materialmente pobres. La exigencia de la *conversión* es algo *sine qua non* como condición para ser parte del Reino de Dios (Mc 1,15, par.). Y esa conversión se mide en términos de pobreza en el espíritu, según las bienaventuranzas. Es fundamental afirmar esto sobre todo para corregir las fáciles sacralizaciones de la que los pobres son objeto, como el hacer de ellos una suerte de cripto-cristianos o cosas por el estilo. O peor aun, hacer gratuitas afirmaciones de que los pobres por el simple hecho de ser pobres no precisan de conversión a Jesucristo. Flaco favor a la causa de los pobres. Si los pobres son los

[5] favoritos en el Reino de Dios, no lo son por calificación o mérito moral propios, o porque han dejado de ser pecadores, sino porque son las *víctimas* de una sociedad injustamente establecida. Su condición de pobreza es uno de los resultados -si no *el resultado*- más brutal del pecado humano socialmente estructurado.

La pobreza espiritual es la tónica que caracteriza a la iglesia de los pobres. Esto es lo que la distingue de todo otro grupo cristiano, aun de aquellos que son de extracción popular. Con frecuencia se oye decir que los pobres no tienen que optar por los pobres, por ellos mismos. Deben hacerlo los que no son pobres. Sin embargo, esta actitud está reñida con lo que ha diario se ve. Entre los propios pobres campea la traición y oportunismo de sus líderes, el arribismo, la internalización de los valores del opresor en el oprimido; en fin, hasta la propia religiosidad popular, católica o protestante, los aliena y paraliza en una especie de “huelga social”, según la expresión de Lalive d’Epinay. Es por todo esto que a la luz del evangelio, pobres o no pobres, todos, necesitan de la conversión -de ser pobres en espíritu- para caminar en las sendas del Reino.

Veamos ahora el texto desde otro ángulo para comprender mejor el sentido que tiene para nosotros. Mateo 5,3-12 es básicamente una pieza poética semítica (vers. 3-10), acompañada al final de un breve comentario en prosa (vers. 11-12) a la última de las bienaventuranzas. Como pieza poética podemos distinguir en ella versos y estrofas, pero sólo una visión de conjunto nos ha de permitir ver el sentido más profundo de lo que inicialmente la primera bienaventuranza establece como los “pobres en espíritu” y el “reino de los cielos”.

Cuando C.F. Barney, hace algunas décadas atrás, re-tradujo las palabras de Jesús del griego original de nuestro evangelio al arameo, la lengua de Jesús, se vio con claridad que el modo de hablar de Jesús seguía los patrones de la poesía semítica. Un lenguaje poético lleno de belleza y fuerza para impactar al oyente, al mismo tiempo que un útil vehículo para la memorización, una técnica rabínica de la época al servicio de la gente pobre que no sabía leer ni escribir y que dependía casi por entero de lo que podía oír. De entre los varios aspectos de la estructura de la poesía judía, nos interesa aquí particularmente el llamado *parallelismus membrorum*. Esto es, la manera en que los miembros de una determinada estrofa se relacionan, ya repitiéndose o complementando progresivamente el sentido inicialmente establecido. Nuestro texto tiene pues también ese carácter de paralelidad. Lo expresado en el primer miembro -“pobres en espíritu” y “reino de

[6] los cielos”- progresivamente luego se va ampliando en lo que se dice en las otras bienaventuranzas. No se trata aquí de una referencia a varias clases de personajes, sino que los pobres en espíritu están luego definidos como los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de justicia, etcétera. Del mismo modo, el “reino de los cielos” es recibir, por parte de Dios, consolación, heredar la tierra, alcanzar justicia y así sucesivamente.

Una lectura del texto en estos términos permite ver con toda claridad cómo la iglesia de los pobres es primicia del reino de los cielos. En efecto, esto lo podemos ver también confirmado en el resto del Sermón del Monte. Así, en el Padrenuestro, otra pieza poética, se dice “venga tu reino” como primer miembro del paralelismo. A renglón seguido se explica que la venida del reino es hacer la voluntad de Dios aquí en la tierra como en el cielo (cf. Mt 7,21-23; 25,31-46). A la luz de todo esto, los pobres en espíritu de las bienaventuranzas muestran en detalle cómo es esto de hacer la voluntad de Dios.

En otro orden de cosas, las bienaventuranzas en su estructura literaria presentan otros aspectos que permiten percibir el sentido del texto de una manera por demás reveladora. Siguiendo una larga tradición veterotestamentaria, las bienaventuranzas son para Jesús *exclamaciones*, similares a los ayes o maldiciones proféticas. En el texto original griego ninguna de las bienaventuranzas lleva verbo en su primera parte. Esto muestra que son más bien exclamaciones de júbilo por lo que los bienaventurados representan: un nuevo comienzo en el horizonte de plenificación del Reino. Son *macarismos evangélicos*, como los llama Pierre Bonnard. De ahí que “bienaventurado” no quiere decir exactamente “dichoso”, como algunos traducen a los *makarioi*, sino más bien *benditos*, favorecidos en el Reino por la naturaleza de su seguimiento a Jesús. No se trata del mérito o virtud propias, sino del privilegio del seguimiento al Señor (Mt 13,16). Como María, la madre de Jesús, llamada también la bienaventurada (Lc 1,48) porque habiendo sido elegida por el Espíritu acepta la voluntad de Dios, como una pobre en espíritu. Por eso ella es *figura* de la iglesia, como la presenta el concilio Vaticano II. En labios de María se coloca aquel grandioso poema, el *Magnificat*, que recuerda al Dios cuya voluntad tiene contornos de pobre en espíritu. Así lo evidencia sobradamente la vida, muerte y resurrección de Jesucristo.

Las bienaventuranzas, por otro lado, en el segundo miembro de cada una de ellas son un claro ejemplo de lo que se llama un *pasivo divino*. En el griego original del texto se tiene una forma

[7] pasiva del verbo sin indicarse explícitamente quién es el autor de la acción de la que se está hablando. Se sobreentiende que la referencia es a Dios, pero no se lo dice abiertamente. Esta actitud es propia de la piedad judía del tiempo de Jesús. No se podía nombrar a Dios directamente con labios impuros. (De una manera parecida, “reino de los cielos” en Mateo equivale a “reino de Dios” en los otros evangelios. Es otra forma de referirse a Dios sin mencionarlo; pues los cielos son la morada de Dios. Cf. Mt 21, 43 donde Mateo usa también la expresión “Reino de Dios”). Sin embargo, aquí no estamos aludiendo a esta característica del texto mateo sólo por mera curiosidad, sino que en todo esto está planteada una reflexión teológica por demás cargada de sentido evangélico.

Se trata de la *continuidad* y *discontinuidad* del Reino con nuestra historia, un tema especialmente tratado en las parábolas y discursos apocalípticos de Jesús (cf. especialmente caps. 24 y 25 en Mateo). En lo que toca a las bienaventuranzas claramente se ve, por un lado, que la plenitud final del Reino no es un desenlace natural de nuestra historia, pues Dios mismo será quien proveerá, con *juicio* y *fuego*, la instauración definitiva de su Reino. Pero, por otro lado, en ese reino futuro, plenamente realizado, se recapitulará lo poco o mucho logrado en nuestra historia en términos de justicia, consuelo, misericordia, paz; todo aquello que representan como anticipo los pobres en espíritu. Inversamente, para éstos la plenitud final del Reino ofrecida por Dios es un acicate para orientar lo realizable aquí y ahora, en el espacio disponible para construir nuestra historia, por más fragmentaria y precaria que sea, pero al fin y al cabo señal y primicia del Reino. De ahí la afirmación categórica: El Reino de los cielos es de los pobres en espíritu y únicamente de ellos. Por Mt 25, 31ss vemos cómo la pobreza espiritual, que aquí es demanda explícita para los discípulos de Jesús, es también criterio de juicio para aquellos que no lo conocieron personalmente, pues unos y otros comparten la tarea común de *ser para los otros*, los pobres y oprimidos, en quienes Jesús mismo es confrontado con un rostro irreconocible a causa de la opresión.

Con todo lo antedicho hasta aquí podemos comentar con mayor propiedad el carácter de la pobreza en el espíritu. Los *mansos* (el vers. 5 en algunas versiones latinas está enseguida del vers. 3, pues aparentemente pobres en espíritu y mansos están más relacionados) expresan su pobreza espiritual en el hecho de que son los sufridos, los sometidos (*Nueva Biblia Española*), que ahora no poseen la tierra, pero al final la heredarán, tomarán posesión de

[8] ella (cf. Mt 25,34). Claro está que no va a faltar alguien que cínicamente pueda comentar, en favor de los ricos, que es cierto que al final de los tiempos los pobres heredarán la tierra, pero mientras tanto...

Los mansos son también *los que lloran* (vers. 4), más propiamente los que están tristes; o mejor aún, como decía Martín Lutero, los que “llevan sobre sí el dolor”. Por eso mismo son los *misericordiosos* (vers. 7); como su Señor, se les revuelven las entrañas ante la miseria y el dolor de los otros. Son los que no están dominados por la apatía y la insensibilidad ante la miseria y la opresión de los demás. Estos pobres en espíritu, como si su propia miseria y dolor fueran poco, al igual que su Señor, cargan sobre sí mismos una vida con contornos de cruz. Reconocen a su Señor en los pobres y oprimidos. El consuelo y la misericordia que Dios les promete, aquí ellos mismos las anticipan con ese gesto de sensibilidad. En todo esto muestran tal integridad en sus vidas que están forjados de una sola pieza, sin dobleces entre lo que dicen y lo que hacen, sin oportunismo personal. Por eso se los reconoce como los *limpios de corazón* (vers. 8) y se les promete un privilegio particular: Ver a Dios (cf. Mt 18,10; Ap 22,4), pues en su Señor y junto a él reciben esta gracia especial (Mt 11,27).

Estos pobres en espíritu son también los que se desesperan, los que *tienen hambre y sed por la justicia* (vers. 6), la única que trae la verdadera paz en la tierra (vers. 9). Es interesante notar cómo el término *dikaiosyne* se traduce por “hacer lo que Dios exige”, “fidelidad” o cosas por el estilo. (En inglés *righteousness*, “rectitud”, es la traducción favorita). Se evita hablar de justicia y por eso se espiritualiza la traducción para no enfrentar el juicio que conlleva el término. Sin embargo, la justicia de la que se habla aquí debe ser medida en términos del Reino de Dios (Mt 6,33). Como ya lo hicimos notar antes, participan del reino los que hacen la voluntad de Dios (Mt 6,10). Todo el Sermón del Monte confirma esta perspectiva, particularmente las antítesis que Jesús contrapone a la manera de interpretar la ley judía por parte de los escribas (5,17ss). Se trata de un *modo de ser* delante de Dios, aceptable a su voluntad expresada en lo que Jesús dice y hace. La acción correcta, justa, delante de Dios en términos de la pobreza en espíritu. La justicia del reino de Dios no se limita a la justicia retributiva únicamente, sino que la asume y va más allá de ésta. Es la justicia de la misericordia, de la restitución del otro al lugar que le corresponde como hijo de Dios, como Jesús mismo lo presenta en su parábola del hijo pródigo. Esta clase de justicia en el Reino es una gracia, un don de Dios. Esto se infiere del he-

[9] cho de que los hacedores de justicia al final serán satisfechos, llenos, con el establecimiento definitivo que trae la paz verdadera.

La última de las bienaventuranzas (vers. 10) nos recuerda el *precio del discipulado*, expresión sugestiva de la *Nachfolge* de Dietrich Bonhoeffer. En América Latina ésta es una *nota ecclesiae* que particularmente ha sido puesta de relieve en estos últimos tiempos, pues nuestra historia reciente está llena de mártires, perseguidos y exiliados. Desafiar en nombre de Cristo a un mundo -y a una iglesia- establecidos en la injusticia y la opresión acarreará siempre persecución. No puede haber pobreza en el espíritu sin cruz. Por eso Jesús recuerda a los suyos (vers. 12) que así también fueron perseguidos antes los profetas, otros pobres en espíritu que anteceden a los seguidores de Jesús. La causa de la justicia del Reino (vers. 10) es la causa de Jesús mismo (vers. 11). El desafío de Jesús es unirnos a Él, el pobre en espíritu por excelencia, para ser *profetas* en esta tierra y no únicamente sus *capellanes*.